

BREVE HISTORIA DEL MUNDO

ERNST H.GOMBRICH

Traducción de José Luis Gil Aristu
Editorial: LINE. Editorial
Fecha de edición: 2019
Lugar de edición: Granada
Colección: LINE
Número de páginas: 352

PARA ILSE.

Esto te pertenece para siempre, pues siempre lo escuchaste atentamente.
Viena, Octubre de 1935 • Londres, febrero de 1998

CONTENIDO

ÉRASE UNA VEZ

Pasado y recuerdo—Antes de que hubiera seres humanos—Lagartos gigantes—Una Tierra sin vida—Un Sol sin Tierra—¿Qué es la historia?

LOS MAYORES INVENTORES DE TODOS LOS TIEMPOS

El maxilar inferior de Heidelberg—El hombre del Neandertal—La prehistoria—El fuego—Los utensilios—El hombre de las cavernas—El lenguaje—La pintura—La magia—La Glaciación y el Paleolítico—El Neolítico—Palafitos—La Edad del Bronce—Personas como tú y yo.

EL PAÍS DEL NILO

El rey Menes—Egipto—Un himno al Nilo—El faraón—Las pirámides—La religión de los antiguos egipcios—La esfinge—Jeroglíficos—El papiro—Revolución en el Imperio Antiguo—Las reformas de Eknatón.

DOMINGO, LUNES

Mesopotamia en la actualidad—Excavaciones en Ur—Tablillas cerámicas y escritura cuneiforme—El código de Hammurabi—El culto a los astros—Origen de los nombres de los días de la semana—La torre de Babel—Nabucodonosor.

UN ÚNICO DIOS

Palestina—Abraham de Ur—El diluvio universal—La servidumbre en Egipto—Moisés y el año del éxodo—Saúl, David, Salomón—La división del reino—Aniquilación de Israel—El profetismo—La cautividad de Babilonia—El regreso—El Antiguo Testamento y la fe en el Mesías.

P.U.E.D.E.S. L.E.E.R

La escritura alfabetica—Los fenicios y sus asentamientos comerciales.

LOS HÉROES Y SUS ARMAS

Los cantos de Homero—Las excavaciones de Schliemann—Los reyes de los piratas—Creta y el laberinto—Las migraciones dorias—Las epopeyas—Las tribus griegas y sus colonias.

UN COMBATE DESIGUAL

Los persas y su fe—Ciro conquista Babilonia—Cambises en Egipto—El imperio de Darío—Sublevación de los jonios—La primera campaña de represalia—La segunda campaña de represalia y la batalla de Maratón—La campaña de Jerjes—Las Termopilas—La batalla de Salamina.

DOS PEQUEÑAS CIUDADES EN UN PEQUEÑO PAÍS

Las olimpiadas—El oráculo de Delfos—Esparta y la educación espartana—Atenas—Dracón y Solón—Asamblea popular y tiranía—La era de Pericles—Filosofía—Escultura y pintura—Arquitectura—Teatro.

EL ILUMINADO Y SU PAÍS

India—Mohendjo Daro, una ciudad del tiempo de Ur—La migración de los indios—Lenguas indogermánicas—La sociedad de castas—Brahma y la transmigración de las almas—«Eso eres tú»—Gautama, el hijo del rey—La iluminación—Liberación del sufrimiento—El nirvana—Los seguidores de Buda.

UN GRAN MAESTRO DE UN GRAN PUEBLO

79 China antes del nacimiento de Cristo—El emperador de China y los príncipes—Importancia de la escritura china—Confucio—Sentido de las formas y las costumbres—La familia—Soberano y súbditos—Lao-tcé—El Tao.

LA AVENTURA MÁS GRANDIOSA

La guerra del Peloponeso—La guerra deífica—Filipo de Macedonia—La batalla de Queronea—Hundimiento del imperio persa—Alejandro Magno—La destrucción de Tebas—Aristóteles y su cono cimiente—Diógenes—Conquista de Asia Menor—El nudo gordiano—La batalla de Isos—Conquista de Tiro y Egipto—Alejandría—La batalla de Gaugamela—La campaña de la India—Poros—Alejandro, soberano de Oriente—Muerte de Alejandro y sus sucesores—El helenismo—La biblioteca de Alejandría. 3

NUEVOS GUERREROS Y NUEVAS GUERRAS

Italia—Roma y la saga fundacional—Luchas estamentales—Las leyes de las Doce Tablas—El carácter romano—La toma de Roma por los galos—Conquista de Italia—Pirro—Cartago—La primera guerra púnica—Aníbal—El paso de los Alpes—Quinto Fabio Máximo—Cannas—Última amonestación—Victoria de Escipión sobre Aníbal—Conquista de Grecia—Catón—Destrucción de Cartago.

UN ENEMIGO DE LA HISTORIA

El emperador Qin Shi Huangdi—La quema de libros—Los príncipes de Tsin y el nombre de China—La muralla china—La familia reinante de los Han—Funcionarios eruditos.

LOS DUEÑOS DEL MUNDO OCCIDENTAL

Las provincias romanas—Carreteras y cañerías—Las legiones—Los dos Gracos—Pan y circo—Mario—Los cimbrios y los teutones—Sila—Las guerras de los esclavos—Julio César—Las guerras de las Galias—Victoria en la guerra civil—Cleopatra—La reforma del calendario—Asesinato de César—Augusto y la institución imperial—Las artes.

LA BUENA NUEVA

Jesucristo—Las enseñanzas del sermón de la montaña—La cruz—Pablo a los corintios—El culto al emperador—Nerón—El incendio de Roma—Las primeras persecuciones contra los cristianos—Catacumbas—Tito destruye Jerusalén—La dispersión de los judíos.

CÓMO SE VIVÍA EN EL IMPERIO Y JUNTO A SUS FRONTERAS

Viviendas de alquiler y villas—Termas—El Coliseo—Los germanos—Arminio y la batalla del bosque de Teutoburgo—El limes—Cultos extranjeros en las tropas—Las luchas de Trajano en Dacia—Luchas de Marco Aurelio en Viena—La decadencia de Italia—Expansión del cristianismo—La reforma del imperio emprendida por Diocleciano—La última persecución de los cristianos—Constantino—Fundación de Constantinopla—La división del imperio—El cristianismo, religión de Estado.

LA TORMENTA

Los hunos—Los visigodos—La migración de los pueblos—Atila—León Magno—Rómulo Augústulo—Odoacro y el fin de la Antigüedad—Los ostrogodos y Teodorico—Rávena—Justiniano—El Corpus iuris y Hagia Sophia—El fin de los godos—Los longobardos.

COMIENZA LA NOCHE ESTRELLADA

¿Una Edad Media tenebrosa?—Fe y superstición—Los santos estilites—Los benedictinos—La salvación del legado de la Antigüedad—Importancia de los monasterios en el norte—El bautismo de Clodoveo—Función del clero en el reino merovingio—Bonifacio.

NO HAY MÁS DIOS QUE ALÁ, Y MAHOMA ES SU PROFETA

El desierto de Arabia—La Meca y la Kaaba—Origen y vida de Mahoma—Persecución y huida—Medina—La guerra con La Meca—El último sermón—La conquista de Palestina, Persia y Egipto—Quema de la biblioteca de Alejandría—Sitio de Constantinopla—Conquista del norte de África y España—Batalla de Tours y Poitiers—La cultura de los árabes—Los números árabes.

UN CONQUISTADOR CAPAZ, ADEMÁS, DE GOBERNAR

Los merovingios y los mayordomos—Francia—Luchas de Carlo magno en las Galias, Italia y España—Los avaros—Lucha contra los sajones—La épica—La coronación del emperador—La embajada de Harón Al Rashid—División y hundimiento del imperio carolingio—Svatopluk—Los vikingos—Los reinos normandos.

LA LUCHA POR EL DOMINIO DE LA CRISTIANDAD, 155

Oriente y Occidente en la época carolingia—Florecimiento cultural en China—La invasión de los magiares—El rey Enrique—Otón el Grande—Austria y los Babenberg—Feudalismo y vasallaje—Hugo Capeto—Los daneses en Inglaterra—Feudalismo espiritual—La lucha de las investiduras—Gregorio VII y Enrique IV—Canossa—Roberto Guiscardo y Guillermo el Conquistador.

CABALLEROS CABALLEREScos

Caballeros y jinetes—Castillos—Siervos—Pajes y donceles; el espaldarazo, deberes del caballero—Amor cortés—Torneos—Poesía caballeresca—El «Canto de los Nibelungos»—La primera Cruzada—Godofredo de Bouillon y la conquista de Jerusalén—Importancia de las cruzadas.

EL EMPERADOR EN LA ÉPOCA DE LA CABALLERÍA

Federico Barbarroja—Trueque y economía monetaria—Las ciudades italianas—El Imperio—Resistencia y caída de Milán—La fiesta de investidura de armas celebrada en Maguncia—La tercera Cruzada—Federico II—Güelfos y gibelinos—Inocencio III—La Magna Carta—La administración de Sicilia—Fin de los Staufen—Gengis Kan y la invasión de los mongoles—El tiempo en que no hubo emperador, y el derecho del más fuerte—La leyenda de Kyffhäuser—Rodolfo de Habsburgo—Victoria sobre Ottokar—Fundación de la dinastía habsburguesa.

CIUDADES Y BURGUESES

Mercados y ciudades—Comerciantes y caballeros—Los gremios—La construcción de las catedrales—Frailes mendicantes y predicadores—Persecuciones de judíos y herejes—La cautividad de Babilonia sufrida por los papas—La Guerra de los Cien Años con Inglaterra—Juana de Arco—Vida cortesana—Universidades—Carlos IV y Rodolfo el Fundador.

UNA NUEVA ERA

Los ciudadanos de Florencia—El humanismo—El renacimiento de la Antigüedad—Florecimiento del arte—Leonardo da Vinci—Los Médicis—Los papas del Renacimiento—Las nuevas ideas en Alemania—El arte de la imprenta—La pólvora—La muerte de Carlos el Temerario—Maximiliano, el último caballero—Los lansquenetes—Luchas en Italia—Maximiliano y Durero.

UN NUEVO MUNDO

La brújula—España y la conquista de Granada—Colón e Isabel—El descubrimiento de América—La Edad Moderna—El destino de Colón—Los conquistadores—Hernán Cortés—Méjico—La muerte de Moctezuma—Los portugueses en la India.

UNA NUEVA FE

Construcción de la basílica de San Pedro—Lutero clava sus tesis—Hus, precursor de Lutero—Quema de las bulas—Carlos V y su imperio—Saqueo de Roma—La dieta de Worms—Lutero en Wartburg—La traducción de la Biblia—Zwinglio—Calvino—Enrique VIII—Los éxitos de los turcos—Partición del imperio.

LA IGLESIA MILITANTE

Ignacio de Loyola—El concilio de Trento—La Contrarreforma—La noche de San Bartolomé—Felipe de España—La batalla de Lepanto—Secesión de los Países Bajos—Isabel de Inglaterra—María Estuardo—Naufragio de la Armada—Asentamientos comerciales de Inglaterra en América—Las compañías comerciales de Indias—Inicios del imperio mundial inglés.

UNA ÉPOCA TERRIBLE

La defenestración de Praga—La Guerra de los Treinta Años—Gustavo Adolfo—Wallenstein—La Paz de Westfalia—Devas-tación de Alemania—Las cañas de brujas—La creación de la imagen científica del mundo—Leyes naturales—Galileo y su proceso.

UN REY FELIZ Y OTRO DESDICHADO

Carlos I Estuardo—Cromwell y los puritanos—Auge de Inglaterra—El año de la «Revolución gloriosa»—Riqueza de Francia—La política de Richelieu—Mazarino—Luis XIV—Un lever del rey—Versalles—Las fuentes financieras del gobierno—Miseria campesina—Guerras de conquista.

QUÉ OCURRÍA ENTRETANTO EN EL ESTE DE EUROPA

Las conquistas de los turcos—Sublevación en Hungría—El sitio de Viena—Juan Sobieski y levantamiento del sitio de Viena—El príncipe Eugenio—Iván el Terrible—Pedro el Grande—Fundación de San Petersburgo—Carlos XII de Suecia—La cabalgada a Stralsund—Expansión del poder ruso.

LA VERDADERA EDAD MODERNA

La Ilustración—Tolerancia, razón y humanidad—Crítica a la Ilustración—Auge de Prusia—Federico el Grande—María Teresa—El ejército prusiano—La gran coalición—La Guerra de los Siete Años—José II—Supresión de la servidumbre—Reformas precipitadas—La guerra de la independencia norteamericana—Benjamín Franklin—Derechos del hombre y esclavos negros.

TRANSFORMACIÓN VIOLENTA

Catalina la Grande—Luis XV y Luis XVI—En la corte—Jurisdicción señorial—El Rococó—María Antonieta—Convocatoria de los Estados Generales—La toma de la Bastilla—La soberanía popular—La asamblea nacional—Los jacobinos—Guillotina y tribunal revolucionario—Danton—Robespierre—El Terror—Condena del rey—La victoria sobre el extranjero—La Razón—El Directorio—Repúblicas vecinas.

EL ÚLTIMO CONQUISTADOR

Napoleón en Córcega—A París—Asedio de Tolón—Conquista de Italia—La expedición a Egipto—El golpe de Estado—El Consulado y el Código Napoleónico—Emperador de los franceses—Victoria en Austerlitz—Fin del Imperio Romano Germánico—Francisco I—Bloqueo continental—Victoria sobre Rusia—España y la guerra de guerrillas—Aspern y Wagram—El levantamiento alemán—El Gran Ejército—Retirada de Rusia—La batalla de Leipzig—El Congreso de Viena—Napoleón regresa de Elba—Waterloo—Santa Elena.

EL HOMBRE Y LA MÁQUINA

La época Biedermeier—La máquina de vapor, el buque de vapor, la locomotora, el telégrafo, la hiladora y el telar mecánico—Carbón y hierro—Los destructores de máquinas—Ideas socialistas—Marx y su doctrina de la lucha de clases—El liberalismo—Las revoluciones de 1830 y 1848.

MÁS ALLÁ DE LOS MARES

China hasta el siglo XVIII—La guerra del opio—El levantamiento de Dai Ping—Decadencia de China—Japón en 1850—Revolución en favor del mikado—Modernización de Japón con ayuda extranjera—América desde 1776—Los Estados esclavistas—El Norte—Abraham Lincoln—La guerra civil.

DOS NUEVOS ESTADOS EN EUROPA

Europa después de 1848—El emperador Francisco José y Austria—La Liga Alemana—Francia bajo Napoleón III—Rusia—Decadencia de España—La liberación de los pueblos de los Balcanes—Lucha por Constantinopla—El reino de Cerdeña—Cavour—Garibaldi—Bismarck—Reforma del ejército en contra de la Constitución—La batalla de Kóniggrátz—Sedan—Fundación del Imperio Alemán—La Comuna de París—Reforma social de Bismarck—La destitución.

EL REPARTO DEL MUNDO

La industria—Mercados y regiones de materias primas—Inglaterra y Francia—La guerra ruso-japonesa—Italia y Alemania—La carrera de armamentos—Austria y el Este—Estallido de la Primera Guerra Mundial—El dictado de paz—Progresos de la ciencia—Fin.

EL RETAZO DE HISTORIA UNIVERSAL VIVIDO POR MÍ. UNA OJEADA RETROSPECTIVA

Crecimiento de la población mundial—Derrota de las potencias centrales en la Primera Guerra Mundial—La instigación de las masas—La desaparición de la tolerancia en la vida política de Alemania, Italia, Japón y la Rusia soviética—La crisis económica y el estallido de la Segunda Guerra Mundial—Propaganda y realidad—El exterminio de los judíos—La bomba atómica—Las bendiciones de la ciencia—El hundimiento de los sistemas comunistas—Las acciones de ayuda internacional como motivo de esperanza.

ÉRASE UNA VEZ

Pasado y recuerdo—Antes de que hubiera seres humanos—Lagartos gigantes—Una Tierra sin vida—Un Sol sin Tierra—¿Qué es la historia?

— ÉRASE UNA VEZ —

Todas las historias comienzan con «érase una vez». La nuestra sólo pretende hablarnos de lo que fue una vez. Una vez fuiste pequeño y, puesto en pie, apenas alcanzabas la mano de tu madre. ¿Te acuerdas? Si quisieras, podrías contar una historia que comenzase así: Érase una vez un niño o una niña..., y ése era yo. Y, una vez, fuiste también un bebé envuelto en pañales. No lo puedes recordar, pero lo sabes. Tu padre y tu madre fueron también pequeños una vez. Y también los abuelos. De eso hace mucho más tiempo. Sin embargo, lo sabes. Decimos: son ancianos; pero también tuvieron abuelos y abuelas que pudieron decir del mismo modo: érase una vez. Y así continuamente, sin dejar de retroceder. Detrás de cada uno de esos «érase una vez» sigue habiendo siempre otro. ¿Te has colocado en alguna ocasión entre dos espejos? ¡Tienes que probarlo! Lo que en ellos ves son espejos y espejos, cada vez más pequeños y borrosos, uno y otro y otro; pero ninguno es el último. Incluso cuando ya no se ven más, siguen cabiendo dentro otros espejos que están también detrás, como bien sabes.

Eso es, precisamente, lo que ocurre con el «érase una vez». Nos resulta imposible imaginar que acabe. El abuelo del abuelo del abuelo del abuelo..., ¡qué mareo! Pero, vuelve a decirlo despacio y, con el tiempo, lograrás concebirlo. Añade aún otro más. De ese modo llegamos a una época antigua y, luego, a otra antiquísima. Siempre más allá, como en los espejos. Pero sin dar nunca con el principio. Detrás de cada comienzo vuelve a haber siempre otro «érase una vez».

¡Es un agujero sin fondo! ¿Sientes vértigo al mirar hacia abajo? ¡También yo! Por eso vamos a lanzar a ese profundo pozo un papel ardiendo. Caerá despacio, cada vez más hondo. Y al caer, iluminará la pared del pozo. ¡Lo ves aún allá abajo? Continúa hundiéndose; ha llegado ya tan lejos que parece una estrella minúscula en ese oscuro fondo; se hace más y más pequeño, y ya no lo vemos.

Así sucede con el recuerdo. Con él proyectamos una luz sobre el pasado. Al principio, iluminamos el nuestro; luego, preguntamos a personas mayores; a

continuación, buscamos cartas de individuos ya muertos. De ese modo vamos proyectando luz cada vez más atrás. Hay edificios donde sólo se almacenan notas y papeles viejos escritos en otros tiempos; se llaman archivos. Allí encontrarás cartas redactadas hace muchos cientos de años. En cierta ocasión, en uno de esos archivos, tuve en mis manos una que decía sólo esto: «¡Querida mamá! Ayer tuvimos para comer unas trufas magníficas. Tuyo, Guillermo». Se trataba de un principito italiano de hace 400 años. Las trufas son un alimento muy valioso.

Pero esta visión dura sólo un momento. Luego, nuestra luz va descendiendo con rapidez creciente: 1.000 años; 2.000 años; 5.000 años; 10.000 años. También entonces había niños a quienes les gustaba comer cosas buenas. Pero todavía no eran capaces de escribir cartas. 20.000, 50.000 años; y también aquella gente decía entonces «érase una vez». Nuestra luz del recuerdo es ya diminuta. Luego, se apaga. Sin embargo, sabemos que la cosa sigue remontándose. Hasta un tiempo archiprimítivo en el que no había aún seres humanos. En el que las montañas no tenían la apariencia que hoy tienen. Algunas eran más altas. Con el paso del tiempo, la lluvia las ha desleído hasta convertirlas en colinas. Otras no estaban todavía ahí. Crecieron lentamente saliendo del mar, a lo largo de muchos millones de años.

Pero, antes aún de que existieran, hubo aquí animales. Muy distintos de los actuales. Enormemente grandes, casi como dragones. ¿Cómo lo sabemos? A veces encontramos sus huesos profundamente enterrados. En Viena, en el Museo de Historia Natural, puedes ver, por ejemplo, un Diplodocus. Diplodocus; ¡vaya nombre tan raro! Pues el animal aún lo era más. No habría cabido en una habitación; ni en dos. Tiene el tamaño de un árbol alto; y una cola tan larga como medio campo de fútbol. ¡Qué ruido debía de hacer aquel lagarto gigante—pues el Diplodocus era un lagarto gigante—cuando marchaba a cuatro patas por la selva virgen en la prehistoria!

Pero tampoco eso fue el principio. También ahí hemos de continuar hacia atrás; muchos miles de millones de años. Es fácil decirlo, pero, piensa un momento. ¿Sabes cuánto dura un segundo? Lo que te cuesta contar deprisa 1, 2, 3. ¿Y cuánto tiempo son mil millones de segundos? ¡32 años! ¡Imagínate, pues, lo que pueden durar mil millones de años! Por aquel entonces no había animales grandes; sólo caracoles y moluscos. Y si seguimos retrocediendo, no había ni siquiera plantas. Toda la Tierra se hallaba «desierta y vacía». No había nada: ningún árbol, ningún arbusto, ninguna hierba, ninguna flor, nada de verde. Sólo aridez, rocas peladas y el mar; el mar vacío, sin peces, sin moluscos, hasta sin lodo. Y si escuchas sus olas, ¿qué te dicen? «Érase una vez». La Tierra, una vez, era quizás tan sólo una nube de gas comprimida como otras que podemos ver—mucho mayores—a través de nuestros telescopios. Dio vueltas alrededor del Sol durante miles de millones, e incluso billones de años; al principio sin rocas, sin agua y sin vida. ¿Y antes? Antes tampoco existía el Sol, nuestro amado Sol. Sólo extrañas, muy extrañas estrellas gigantes y otros pequeños cuerpos celestes se arremolinaban entre las nubes de gas en el espacio infinito.

«Érase una vez»...; también yo siento vértigo al llegar aquí e inclinarme hacia abajo de ese modo. Ven, regresemos rápidos al Sol, a la Tierra, al hermoso mar, a las plantas, a los moluscos, a los lagartos gigantes, a nuestras montañas y, luego, a los seres humanos. ¿Verdad que es como volver a casa? Y, para que el «érase una vez» no tire continuamente de nosotros hacia ese agujero sin fondo, vamos a preguntar sin esperar ni un momento más: «¡Alto! ¿Cuándo fue?».

Si al hacerlo preguntamos también: «¿Como fue, en realidad?», estaremos preguntando entonces por la historia. No por una historia, sino por la historia, que llamamos historia universal. Con ella vamos a comenzar ahora.

LOS MAYORES INVENTORES DE TODOS LOS TIEMPOS

El maxilar inferior de Heidelberg—El hombre del Neandertal— La prehistoria—El fuego—Los utensilios—El hombre de las cavernas—El lenguaje—La pintura—La magia—La Glaciación y el Paleolítico—El Neolítico—Palafitos—La Edad del Bronce—Personas como tú y yo.

—LOS MAYORES INVENTOS DE TODOS LOS TIEMPOS—

En Heidelberg (Alemania) se excavó en cierta ocasión un sótano. En él, profundamente enterrado, se encontró un hueso; un hueso humano. Se trataba de un maxilar inferior. Pero ninguna persona actual tiene ya esa clase de maxilares tan sólidos y fuertes. Y los dientes encajados en él eran igual de potentes. El ser humano al que perteneció la mandíbula podía, desde luego, morder a conciencia. De eso debió de hacer mucho tiempo pues, si no, ¡no se hallaría tan profundamente enterrada!

En otro lugar de Alemania, en el Neandertal (el valle del río Neander), se encontró en cierta ocasión un hueso de cráneo. La cubierta del cerebro de un ser humano. No tienes por qué asustarte, aunque era terriblemente... interesante, pues tampoco esa clase de cubiertas craneanas existen hoy en día. Aquel individuo no tenía una verdadera frente, pero sí unos grandes bultos sobre las cejas. Ahora bien, nosotros pensamos con lo que tenemos detrás de la frente; y si aquella persona no poseía una frente de verdad, es posible que pensara menos. En cualquier caso, tener que pensar debió de fastidiarle más que a nosotros. En otros tiempos hubo, por tanto, gente menos capaz de pensar que nosotros hoy en día, pero que podía morder mucho mejor.

«¡Alto!», me dirás ahora. «Eso va contra lo que acordamos. ¿Cuándo existió esa gente; qué eran; y cómo fue todo eso?».

Me sonrojo y me veo obligado a responderte que aún no lo sabemos con exactitud, aunque llegaremos a descubrirlo con el tiempo. Cuando seas mayor, podrás ayudar a resolver esta tarea. No lo sabemos, porque esas personas no fueron capaces de dejar ningún escrito. Y porque el recuerdo no llega tan atrás. (Actualmente ya no tengo por qué sonrojarme tanto, pues, si bien algunas cosas que aquí se dicen no son del todo acertadas, he realizado, al menos, una profecía correcta: hoy sabemos realmente más sobre cuándo vivieron los primeros seres humanos. Lo han resuelto los científicos, al descubrir que algunas sustancias como la madera, las fibras vegetales y las rocas volcánicas se transforman despacio, pero constantemente. De esa manera se puede calcular cuándo se formaron o crecieron. Como es natural,

se han seguido buscando y excavando con mucho empeño restos humanos, y se han hallado más huesos, sobre todo en África y China, tan antiguos, por lo menos, como el maxilar de Heidelberg. Se trata de nuestros antepasados, con sus frentes abombadas y sus pequeños cerebros, que comenzaron a utilizar piedras a modo de utensilios hace quizás ya dos millones de años. Los hombres del Neandertal aparecieron hace aproximadamente 100.000 años y poblaron la Tierra durante casi 70.000. Debo excusarme ante ellos por algo que he dicho, pues, aunque seguían teniendo frentes abultadas, su cerebro era apenas menor que el de la mayoría de los seres humanos actuales. Nuestros parientes más próximos no surgieron, probablemente, hasta hace unos 30.000 años.)

«¡Pero —me dirás— todos esos “quizás” y “aproximadamente”, sin dar nombres ni fechas exactas, no son historia!». Y tienes razón. Es algo que está antes de la historia. Por eso se llama prehistoria, pues sólo sabemos con mucha imprecisión cuándo sucedió. No obstante, conocemos algunos datos acerca de esos seres humanos a quienes llamamos hombres primitivos. En efecto, cuando comenzó la verdadera historia —cosa que ocurrirá en el capítulo siguiente—, los hombres tenían ya todo cuanto poseemos nosotros hoy: ropa, viviendas y utensilios; arados para arar, semillas para hacer pan, vacas que ordeñar, ovejas que esquilar y perros para la caza y como amigos. Flechas y arcos para disparar y yelmos y escudos para protegerse. Pero todo eso tuvo que haber sucedido por primera vez en alguna ocasión. ¡Alguien tuvo que haberlo inventado! Imagínate, ¿verdad que es interesante? En algún momento del pasado, un hombre primitivo tuvo que haber tenido la ocurrencia de que la carne de los animales salvajes se mordería mejor si se ponía antes sobre el fuego y se asaba. ¿O quizás se le ocurrió a una mujer? Y, una vez, alguien cayó en la cuenta de cómo hacer fuego. Imagínate lo que eso significa: ¡hacer fuego! ¿Sabes hacerlo tú? ¡Pero no con cerillas, no, pues no existían, sino con dos palitos que se frotaban uno con otro tanto rato que se iban calentando hasta ponerse finalmente al rojo! ¡Inténtalo! ¡Verás lo difícil que es!

Alguien inventó también los utensilios. Ningún animal sabe qué es un utensilio. Sólo el ser humano. Los utensilios más antiguos debieron de haber sido simples ramas o piedras. Pero, pronto, esas piedras se tallaron en forma de martillos puntaagudos. Se han encontrado enterradas muchas de esas piedras talladas. Y como entonces todos los utensilios eran aún de piedra, este periodo se llama Edad de Piedra. Sin embargo, por aquellas fechas, la gente no sabía construir casas. Eso suponía una gran incomodidad, pues en aquel tiempo solía hacer a menudo mucho frío. A veces, mucho más que hoy. Los inviernos eran entonces más largos, y los veranos más cortos, que los de ahora. La nieve se mantenía durante todo el año hasta muy abajo de las montañas, llegando a los valles; y los grandes glaciares de hielo avanzaron enormemente, penetrando en las llanuras. Por eso se puede decir que la primera Edad de Piedra coincidió con las glaciaciones. Los hombres primitivos debían de vivir helados y se alegraban cuando encontraban cuevas que podían protegerlos a medida del viento y el frío. Por eso se les llama también hombres de las cavernas, aunque es muy improbable que habitaran siempre en ellas. ¿Sabes qué más inventaron los hombres de las cavernas? ¿Se te ocurre? El lenguaje. Me refiero al lenguaje de verdad. Los animales pueden chillar cuando algo les hace daño, y lanzar gritos de advertencia cuando les amenaza un peligro. Pero no pueden nombrar nada con palabras. Sólo los seres humanos son capaces de algo así. Los hombres primitivos fueron quienes primero lo lograron.

También realizaron otro hermoso invento. La pintura y la talla. En las paredes de las cuevas seguimos viendo aún muchas figuras que tallaron y, luego, pintaron. Ningún pintor de hoy podría hacerlas más bellas. Ha pasado tanto tiempo, que en esas pinturas vemos animales que han dejado de existir. Elefantes con largas pelambreras y colmillos retorcidos: los mamuts; y otros animales de la era glacial. ¿Por qué crees que los hombres primitivos pintaron esa clase de animales en las paredes de sus cuevas? ¿Sólo para adornar? ¡Pero si en ellas estaban completamente a oscuras! No se sabe con certeza, pero se cree que intentan realizar encantamientos. Creen que, si se pintaban sus imágenes en la pared, los animales acudirían enseguida. Igual que cuando, a veces, decímos bromeando: «Hablando del rey de Roma, por la carretera asoma». Estos animales eran sus presas; sin ellas se habrían muerto de hambre. Por tanto, también inventaron la magia. Y no estaría nada mal poder servirnos de ella, pero hasta ahora nadie lo ha conseguido.

La época de las glaciaciones duró más de lo que podemos imaginar. Muchas decenas de miles de años. Sin embargo, eso fue bueno, pues, de lo contrario, los seres humanos, a quienes pensar les costaba aún un gran esfuerzo, difícilmente habrían tenido tiempo para inventar todas aquellas cosas. No obstante, con el tiempo fue haciendo más calor sobre la Tierra; el hielo se retiró en verano a las montañas más altas y los seres humanos, iguales ya a nosotros, aprendieron con el calor a plantar hierbas de las

estepas, triturar sus semillas y hacer con ellas una papilla que se podía cocer al fuego. Era el pan.

Pronto aprendieron a construir tiendas y a domesticar los animales que vivían en libertad. De ese modo se desplazaron de un lado a otro con sus rebaños, de manera parecida a como lo hacen hoy, por ejemplo, los lapones. Pero como entonces había en los bosques muchos animales salvajes, lobos y osos, algunos tuvieron una idea genial, como es propio de esa clase de inventores: construyeron casas en medio del agua, sobre estacas clavadas en el suelo. Se llaman palafitos. Aquellas personas tallaban y pulían ya muy bien sus utensilios de piedra. Con una segunda piedra más dura taladraban en sus hachas, también de piedra, agujeros para el mango. ¡Vaya trabajo! Seguro que duraba todo un

invierno. Y, cuando había terminado, el hacha se les partía a menudo en dos y había que comenzar desde el principio. Luego, descubrieron cómo cocer barro en hornos para hacer cerámica, y pronto fabricaron bellos recipientes con dibujos sobre la superficie. Pero para entonces, en la Edad de Piedra más reciente, el Neolítico, se había dejado de pintar animales. Y al final, hace unos 6.000 años, 4.000 a. C., se llegó a una manera mejor y más cómoda de elaborar utensilios: se descubrieron los metales. No todos de una vez, por supuesto. Al principio, se descubrieron las piedras verdes que, fundidas al fuego, se convierten en cobre. El cobre tiene un hermoso brillo y con él se pueden forjar puntas de flecha y hachas, pero es muy blando y se embota antes que una piedra dura.

Los seres humanos supieron también poner remedio a esto. Se les ocurrió que había que mezclar con el cobre otro metal muy raro para hacerlo más duro. Ese metal es el cinc, y la aleación de cobre y cinc se llama bronce. La época en que los hombres hacían de bronce sus yelmos y espadas, sus hachas y cañuelas, pero también sus brazaletes y collares, se llama, naturalmente, Edad del Bronce.

Fíjate ahora en esa gente vestida de pieles que va remando en sus barcas hechas de un tronco hacia las aldeas construidas sobre estacas. Llevan cereales, o también sal de las minas. Beben de bellas jarras de arcilla, y sus mujeres y muchachas se adornan con piedras de colores y con oro. ¿Crees que se han producido muchos cambios desde entonces? Eran ya personas como nosotros. A menudo se portaban mal unos con otros; muchas veces, con crueldad y malicia. Así somos también nosotros, por desgracia. También entonces debió de haberse dado el caso de que una madre se sacrificara por su hijo; y también debió de haber amigos dispuestos a morir unos por otros. No más a menudo, pero tampoco menos que en la actualidad. ¿Y por qué?

¡De eso hace tan sólo de 10.000 a 3.000 años! Desde entonces no hemos tenido aún tiempo de cambiar mucho.

Pero, a veces, cuando hablamos o comemos pan o nos servimos de un utensilio o nos calentamos junto al fuego, deberíamos recordar agradecidos a los hombres primitivos, los mayores inventores de todos los tiempos.

EL PAÍS DEL NILO

El rey Menes—Egipto—Un himno al Nilo—El faraón—Las pirámides—La religión de los antiguos egipcios—La esfinge—Jeroglíficos—El papiro—Revolución en el Imperio Antiguo—Las reformas de Eknatón.

— EL PAÍS DEL NILO —

Aquí —tal como te lo había prometido— dará comienzo la historia. Con un entonces. Vamos allá: hace 5.100 años, en el año 3100 a. C., así lo creemos hoy, gobernaba en Egipto un rey llamado Menes. Si quieras saber más detalles sobre el camino que lleva a Egipto, deberías preguntárselo a una golondrina. Al llegar el otoño, cuando hace frío, la golondrina vuela hacia el sur. Va a Italia por encima de las montañas, sigue luego un pequeño trecho sobre el mar, y enseguida está en África, en aquella parte de África más próxima a Europa. Allí, cerca, se encuentra Egipto.

En África hace calor y pasan meses y meses sin llover. Por eso, en muchas regiones, crecen muy pocas plantas. La tierra es desértica. Así ocurre a derecha e izquierda de Egipto. En el propio Egipto no llueve tampoco con frecuencia. Pero en aquel país no se necesitaban lluvias, ya que el Nilo lo atraviesa por medio. Dos veces al año, cuando llovía mucho en sus fuentes, el río inundaba todo el país. Y había que recorrerlo con barcas entre casas y palmeras. Y cuando el agua se retiraba, la tierra quedaba magníficamente empapada y fertilizada con un jugoso barro. Entonces, bajo el calor del Sol, crecían allí los cereales tan magníficos como en casi ningún otro lugar. Por eso, los egipcios rezaban a su Nilo desde los tiempos más antiguos, como si se tratara del propio buen Dios. ¿Quieres oír un canto que le dirigían hace 4.000 años? «Té alabo, oh Nilo, porque sales de la Tierra y vienes aquí para dar alimento a Egipto. Tú eres quien riega los campos y puede alimentar toda clase de ganado. Quien empapa el desierto alejado del agua. Quien hace la cebada y crea el trigo. Quien llena los graneros y engrandece los pajares, quien da algo a los pobres. Para ti tocamos el arpa y cantamos».

Así es como cantaban los antiguos egipcios. Y hacían bien, pues el Nilo enriqueció tanto al país que Egipto llegó a ser también muy poderoso. Sobre todos los egipcios gobernaba un rey. El primer rey soberano del país fue, precisamente, el rey Menes. ¿Sabes cuándo ocurrió aquello? 3.100 años a. C. ¿Recuerdas, quizás, por la historia de la Biblia cómo se llaman en ella los reyes de Egipto? Faraones. El faraón era increíblemente poderoso. Vivía en un inmenso palacio de piedra, con grandes y gruesas columnas y muchos patios; y lo que decía tenía que hacerse. Todos los habitantes del país debían trabajar para él cuando él quería. Y a veces lo quería.

Un faraón que vivió no mucho después del rey Menes, el rey Keops —2.500 años a. C.— ordenó, por ejemplo, que todos sus súbditos contribuyeran a levantar su tumba. Tenía que ser una construcción como una montaña. Y así fue, por cierto. Todavía existe hoy. Se trata de la famosa pirámide de Keops. Quizás la has visto ya muchas veces en fotografía. Pero no puedes ni imaginar su tamaño. Cualquier gran iglesia cabría dentro de ella. Se puede trepar sobre sus bloques gigantescos; es como escalar una montaña. Y, sin embargo, quienes llevaron sobre rodillos y apilaron unas sobre otras esas enormes piedras fueron seres humanos. En aquellos tiempos no había aún máquinas. A lo más, rodillos y palancas. Todo se debía arrastrar y empujar a mano. Imagínate, ¡con el calor que hace en África! Así, a lo largo de 30 años, unos 100.000 hombres bregaron duramente para el faraón durante los meses que dejaba libre el trabajo de los campos. Y cuando se cansaban, un vigilante del rey les obligaba a continuar arreándoles con látigos de piel de hipopótamo. De ese modo arrastraron y levantaron las gigantescas cargas; todo para el sepulcro del rey.

Quizás preguntéis cómo se le pasó al rey por la cabeza hacerse construir aquella gigantesca sepultura. Eso tiene que ver con la religión del antiguo Egipto. Los egipcios creían en muchos dioses; a la gente con esas creencias se les llama paganos. Según ellos, varios de sus dioses habían gobernado anteriormente en la Tierra como reyes; por ejemplo, el dios Osiris y su esposa, Isis. También el Sol era un dios, de acuerdo con sus creencias: el dios Amón. El mundo subterráneo está gobernado por otro con cabeza de chacal, llamado Anubis. Los egipcios pensaban que cada faraón era hijo del dios Sol. De no haber sido así, no le habrían tenido tanto temor ni habrían permitido que les diera tantas órdenes. Los egipcios tallaron figuras de piedra gigantescas y mayestáticas para sus dioses, tan altas como casas de cinco pisos; y templos tan grandes como ciudades enteras. Ante los templos se alzaban elevadas piedras puntagudas de granito hechas de una pieza; se llaman obeliscos. Obelisco es una palabra griega que significa algo así como «espetoncillo». En varias ciudades puedes ver aún hoy esos obeliscos traídos de Egipto.

Para la religión egipcia eran también sagrados algunos animales, como, por ejemplo, los gatos. Los egipcios imaginaban así mismo algunos dioses con figura de animal, y los representaban de ese modo. El ser con cuerpo de león y cabeza humana que llamamos «esfinge» era para los antiguos egipcios un dios poderoso. Su gigantesca estatua se encuentra al lado de las pirámides y es tan grande que en su interior tendría cabida todo un templo. La imagen del dios sigue vigilando los sepulcros de los faraones desde hace ya más de 5.000 años; la arena del desierto la cubre de vez en cuando. ¡Quién sabe cuánto tiempo más seguirá haciendo guardia!

Pero lo más importante en la curiosa religión de los egipcios era la creencia en que las almas de las personas abandonan, sin duda, el cuerpo al morir el ser humano, pero siguen necesitándolo de algún modo. Los egipcios pensaban que el alma no podía sentirse bien si su anterior cuerpo se transformaba en tierra tras la muerte.

Por eso conservaban los cadáveres de los difuntos de una manera muy imaginativa. Los frotaban con ungüentos y jugos de plantas y los envolvían en largas tiras de tela. Estos cadáveres conservados así e incorruptibles se llaman momias. Hoy, después de muchos miles de años, no se han descompuesto todavía. Las momias se depositaban primero en un ataúd de madera; el ataúd de madera, en otro de piedra; y el de piedra no se introducía tampoco en la tierra, sino en una sepultura de roca. Quien podía permitírselo, como el «hijo del Sol», el faraón Keops, hacía que se levantara para él toda una montaña de piedra. ¡Allí, muy dentro de su interior, la momia estaría, indudablemente, segura! Eso es lo que se esperaba. Pero todas las preocupaciones y todo el poder del rey Keops fueron inútiles: la pirámide se halla vacía.

En cambio, se han encontrado conservadas todavía en sus sepulcros las momias de otros reyes y de muchos antiguos egipcios. Estas sepulturas están dispuestas como viviendas para las almas cuando acudían a visitar su cuerpo. Por eso había en ellas alimentos, muebles y vestidos, y muchas imágenes de la vida del difunto, incluido su propio retrato, para que el alma encontrase la tumba correcta cuando deseaba visitarla. En las grandes estatuas de piedra y en las pinturas realizadas con bellos y vivos colores vemos todavía hoy todas las actividades de los egipcios y el tipo de vida que entonces se llevaba. Es cierto que no pintaban propiamente de manera exacta o natural. Lo que en la realidad aparece detrás se suele mostrar allí superpuesto. Las figuras son a menudo rígidas: sus cuerpos se ven de frente, y las manos y los pies de lado, de modo que parecen

planchados. Pero los antiguos egipcios lograban lo que les interesaba. Se ven con gran exactitud todos los detalles: cómo cazan patos en el Nilo con grandes redes; cómo reman y pescan con largas lanzas; cómo trasiegan agua a los canales para los campos; cómo arrean las vacas y las cabras a los pastizales; cómo trillan el grano y cuecen pan; cómo confeccionan calzado y ropa; cómo soplan vidrio—¡ya sabían hacerlo entonces!—, moldean ladrillos y construyen casas. Pero también se ven muchachas jugando al balón o tocando la flauta y hombres que van a la guerra y traen a su país extranjeros prisioneros, por ejemplo negros, con todo el botín.

En las sepulturas de las personas distinguidas se ven llegar embajadas de otros países portando tesoros; y cómo el rey condecora a sus ministros fieles. Se ve a los muertos rezar ante las imágenes de los dioses con las manos alzadas; y se les ve también en casa, en banquetes con cantantes que se acompañan al arpa y saltimbanquis que ejecutan sus piruetas.

Junto a estos grupos de imágenes abigarradas se reconocen también casi siempre pequeñas figurillas de lechuzas y hombres, banderolas, flores, tiendas, escarabajos, recipientes, pero también líneas quebradas y espirales, contiguas o superpuestas y muy juntas. ¿Qué pueden ser? No son imágenes; sino escritura egipcia. Se llaman jeroglíficos. La palabra significa «signos sagrados», pues los egipcios se sentían tan orgullosos de su nuevo arte, la escritura, que el oficio de escribiente era el más respetado de todos, y la escritura se consideraba casi sagrada. ¿Quieres saber cómo se escribe con esos signos sagrados, o jeroglíficos? En realidad, no era nada fácil aprenderlo, pues funcionaba de manera similar a los acertijos hechos con imágenes, llamados igualmente jeroglíficos. Cuando se quería escribir el nombre del dios Osiris, a quien los antiguos egipcios llamaron Vosiri, se dibujaba un trono, que en egipcio se dice «vos», y un ojo, en egipcio «iri». Eso daba la palabra «Vosiri». Y, para que nadie creyera que aquello quería decir «ojo del trono», se añadía casi siempre al lado una banderita. Era el símbolo de los dioses, de la misma manera como nosotros escribimos una cruz junto a un nombre cuando queremos indicar que la persona en cuestión está ya muerta.

¡Ahora ya puedes escribir también tú «Osiris» en jeroglífico! Pero, piensa el esfuerzo que debió de suponer descifrar todo aquello cuando, hace unos 180 años, se comenzó a trabajar de nuevo sobre los jeroglíficos. El desciframiento sólo fue posible por el hallazgo de una piedra en la que aparecía el mismo contenido en lengua griega y en jeroglíficos. Y, sin embargo, fue todo un acertijo que requirió el esfuerzo de una vida entera de grandes eruditos.

Hoy podemos leer casi todo. No sólo lo que aparece en las paredes, sino también lo escrito en los libros. Sin embargo, los signos de los libros no son ni con mucho igual de claros. Los antiguos egipcios tenían, realmente, libros. Pero no de papel, sino de una especie de juncos del Nilo llamados en griego papyros, de donde viene nuestra palabra «papel».

Se escribía en largas tiras que, luego, se enrollaban. Se ha conservado una buena cantidad de esos libros en rollo; en ellos se leen actualmente muchas cosas y cada vez se ve mejor lo sabios y avisados que eran los antiguos egipcios. ¿Quieres oír un refrán escrito por uno de ellos hace 5.000 años? Tendrás que prestar un poco de atención y reflexionar bien acerca de él: «Las palabras sabias son más raras que el jade; y, sin embargo, las oímos de boca de pobres muchachas que dan vueltas a la piedra de moler».

Como los egipcios fueron tan sabios y tan poderosos, su reino duró largo tiempo. Más que cualquier otro hasta entonces. Casi 3.000 años. Y, así como conservaron cuidadosamente los cadáveres para que no se descompusieran, así también guardaron rigurosamente durante milenarios sus antiguos hábitos y costumbres. Sus sacerdotes procuraban con toda exactitud que los hijos no hicieran nada que sus padres no hubieran hecho ya. Todo lo antiguo era sagrado para ellos.

Durante aquel largo periodo, la gente sólo se opuso en dos ocasiones a esta estricta unanimidad. Una vez, poco después del rey Keops, alrededor del año 2100 a. C., fueron los propios súbditos quienes intentaron cambiarlo todo. Se lanzaron contra el faraón, mataron a sus vigilantes y extrajeron las momias de las sepulturas. «Quienes antes no tenían siquiera sandalias son ahora dueños de tesoros; y quienes antes poseían bellas vestiduras, van ahora vestidos de harapos», cuenta un antiguo rollo de papiro. «El país gira como el torno de un alfarero». Pero aquello no duró mucho, y las cosas volvieron pronto a ser como antes. Quizá, más rigurosas que en la época anterior.

En una segunda ocasión fue el propio faraón quien intentó un cambio total. Aquel faraón, llamado Eknatón, que vivió en el 1370 a. C., era un hombre extraño. La fe egipcia, con sus numerosos dioses y costumbres misteriosas, le parecía invierno. «Sólo hay un dios», enseñó a su pueblo, «que es el Sol, cuyos rayos crean y mantienen todo. Sólo a él debéis rezarle».

Se cerraron los antiguos templos y el rey Eknatón se mudó a un nuevo palacio. Como se oponía absolutamente a todo lo antiguo y estaba a favor de bellas ideas nuevas, hizo pintar también las imágenes de su palacio de una manera completamente novedosa. Las pinturas no fueron ya tan serias, rígidas y solemnes como antes, sino de una total naturalidad y desenvoltura.

Pero todo aquello no le pareció bien a la gente, que quería ver las cosas como las había visto durante milenarios. Así, tras la muerte de Eknatón, volvieron muy pronto a sus antiguas costumbres y al arte antiguo, y todo continuó como antes mientras subsistió el imperio egipcio. Durante casi tres mil quinientos años se sepultó a las personas en forma de momias, se escribió en jeroglíficos y se rezó a los mismos dioses, tal como se había hecho en tiempos del rey Menes. También se siguió venerando a los gatos como animales sagrados. Y si me lo preguntas, te diré que, en mi opinión, los antiguos egipcios tenían razón, al menos en esto.

